



Hugo Rodríguez-Alcalá



La espía

El pueblo tendrá unas cien manzanas de casas polvorientas; en el centro hay una plaza de árboles raquíticos. En torno a esta plaza están la Iglesia, la Municipalidad, la Comisaría, el Juzgado de Paz. Se ve esta plaza casi siempre desierta: de día, la achicharra el sol; de noche, los bancos destartados, el mástil mondo y lirondo al que a veces izan la bandera, a nadie atraen excepto a algunos borrachos forasteros insensibles a los mosquitos.

La tierra seca y salitrosa se ha opuesto tercamente a las tentativas esporádicas de jardinería con que la Municipalidad ha querido adecentar la plaza y las calles céntricas. El pueblo es laborioso, es triste, es feo. Es, sobre todo, taciturno. Nunca ha sido locuaz, ni siquiera en el barrio español. (Hay muchos barrios: hay el barrio judío, hay el barrio polaco, hay el barrio italiano, hay el barrio criollo, etc. No son precisamente barrios; pero así se llaman las manzanas en que hay más españoles que judíos, o más italianos o criollos que otra gente).

Ahora el pueblo es menos locuaz que nunca; el silencio, la reserva, la suspicacia que parecieron presidir su fundación, han adquirido en estos tiempos difíciles un cariz más opresivo. Sólo en algunas casas las radios suenan con volumen alto; sólo en muy pocas las radios se dejan oír desde la calle. A través de las persianas de estas casas se oyen, a menudo, enérgicos discursos. Una voz [44] tonante, muy conocida y que viene de muy lejos, hace vibrar esas pocas radios no silenciadas.

Se sabe que en cada manzana hay un Jefe de Manzana; pero no se sabe quién es; se sabe que en el pueblo hay un Jefe que a todos vigila, un Jefe que no es ni el Comisario, ni el Juez ni el Intendente; se sabe que todo lo que se dice lo va a saber el Jefe de Manzana, y que el Jefe de todos los Jefes de Manzana informará a su vez a otro Jefe, no local, sino provincial.

Nadie opina sobre nada; nadie opina ni sobre la calidad de la carne ni sobre los precios de las verduras ni sobre la dilatada sequía. Mejor callar y paciencia. Cuando los muros aparecen con grandes vivas y con grandes muertas pintados con brocha gorda rezumante de alquitrán, nadie se atreve a borrar lo emporcado. Allí se quedan sucios de letras negras y torpes, el paredón de un patio, la enjabelgadura de un domicilio, la fachada de una tienda, la puerta de un garaje.

El médico y su esposa viven en una casa grande, tan grande que ocupa más de la mitad de una de las manzanas céntricas. El médico ha dividido su casa en dos: el ala derecha la convirtió en sanatorio; el ala izquierda, con un zaguán idéntico al del ala derecha, les sirve de vivienda a él y a su linda mujer.

Él tiene cuarenta años; ella, treinta y ocho. Él es flemático, calmoso, circunspecto; ella es pizpireta, aguda, conversadora. Dos años en el pueblo, sin embargo, la han hecho tan circunspecta como su marido. Los dos se complementan tanto en lo que atañe al carácter como en lo que atañe a la profesión: él es excelente [45] cirujano; ella, excelente anestésista. Durante algunos años se las arreglaron solos; ahora ella, encinta de seis meses, se dedica más a su casa. La enfermera, Nila Salinas, ha ocupado su lugar y ya no da abasto. El sanatorio ha prosperado mucho.

-Isabel -dice el médico un atardecer sofocante- Tenemos que contratar otra enfermera. La Salinas comienza a quejarse de tanto trabajo.

-Es cierto que necesitamos otra; ya no puedo ayudarte como antes, pero ¿quién se fía de una desconocida? A la Salinas la conocemos bien; sabemos lo que piensa; sabemos que es adicta al Capo Máximo. Y por esto sabemos a qué atenernos. Sabemos también que nos quiere y que ya es como de la familia.

Los negros ojos de Isabel se clavaron en los aún más negros de su marido. Él, midiendo bien las palabras, contesta: - Si somos prudentes como con la Salinas, no hay peligro. Nunca hay que hablar de política, nunca quejarse de nada. De vez en cuando se puede alabar alguna cosa que no esté mal y así pasar como adictos, también, al régimen. Somos extranjeros, venimos de un país amigo; no tenemos vela en este entierro.

-¡Este es el entierro de un hermoso país! -dijo ella- ¡Esta gentuza me enferma!

Él dio un paso y se asomó a la ventana del patio. En el crepúsculo se tornasolaban las grandes hojas de los bananeros. -El Dr. Pérez, que es nuestro compatriota y buen amigo, me recomendó, precisamente ayer, una enfermera muy buena, dice. Se llama Carmen Morel. Esta Morel va a venir mañana para que la veamos. [46]

Isabel no dijo nada durante unos minutos. Su marido ahora se lavaba las manos con minuciosidad profesional; ahora se las estaba secando; ahora, con un gesto de alivio, se sacaba el gorro blanco; ahora se deshacía de la bata, hoy no muy blanca.

-¡Qué vida! -pensó Isabel- El pobre está avejentado. Ayer no más tenía el pelo negrísimo, los ojos brillantes, las mejillas rosadas. ¡Era tan buen mozo! Y ahora tiene canas, tiene arrugas, tiene una palidez que nunca le he visto ni cuando volvió de la guerra y nos casamos.

Por fin, en voz alta, dijo resignada: ¡Que venga la Morel! Trabajo hay para ella y para otra más.

Al día siguiente se presentó en el sanatorio una mujer pelirroja, de ojos color de miel, cutis pecoso y pestañas y cejas tan rojas como el pelo. Tendría cerca de cuarenta años; era robusta y alta; hablaba con precisión y lentitud, como no queriendo ser malentendida.

-Soy Carmen Morel, la recomendada del Dr. Pérez- contestó cuando el médico, estudiándola disimuladamente y sorprendido por la rojez del cabello, cejas y pestañas y el color de los ojos, le preguntó su nombre.

-Le traigo fotocopia de mi diploma y cartas de tres médicos, que usted acaso conozca.

-¿De donde vendrá esta mujer? - se interrogó el cirujano.- [47] Extraña manera de hablar... *fotocooopia, diplooooma, acaaaso, conoooozca...*

Carmen Morel resultó metódica, eficaz, reservada. Sus ojos color de miel evitaban los ojos del médico, los ojos de Isabel, los ojos de los pacientes. Su alta figura blanca, con la toca que parecía más blanca sobre la rojez del pelo, se llevaba tras sí todos los ojos; ojos que no podían observarla un solo instante quieta. La Morel se movía vertiginosa y urgente por salas y pasillos, entre muebles y gente, nítida, roja y muda sobre mercuriales zapatos de caucho, blancos como la toca.

Junto a la mesa de operaciones, se anticipaba en pasar, adivinando los instrumentos que el cirujano, calmoso también cuando operaba, aún no pedía o tardaba en pedir. La Morel le leía el pensamiento; le agujoneaba la cachaza. Todo marchó sobre rieles durante varias semanas. Una tarde, después de una larga y difícil intervención, la felicitó. La Morel, habiendo lavado y metido los guantes en el autoclave, preparaba los instrumentos para esterilizarlos en la estufa.

-¿Quiere un café, doctor?

-Lo merecemos. Usted más que nadie en el sanatorio. Se ha portado usted admirablemente.

La Morel lo miró un segundo con sorpresa, desceñida la toca y el pelo rojo llameándole bajo la potente lámpara operatoria.

Los dos sorbieron el cafecito comentando el éxito feliz de la reciente operación. [48]

-Está bien la Poletti, doctor. Me dice que se siente aliviada.

Al cabo de un rato, agregó:- Yo no estoy cansada hoy, doctor. ¿Va usted a la reunión del farmacéutico esta noche? Yo podría quedarme hasta las doce. Nila me reemplazaría a esa hora.

El cirujano se mordió el labio inferior. ¿Cómo sabía la Morel que esa noche habría reunión en casa del farmacéutico?

-¿Cómo lo sabe usted? ¿Quién se lo dijo? -inquirió involuntaria y obviamente alarmado. Los ojos de miel de la enfermera observaban en ese instante el manómetro del autoclave. El vapor a presión del autoclave pareció entonces transmigrar al cuerpo de la pelirroja y dentro de él hallar escape por los ojos de miel dilatados como soles.

-Yo -balbuceó la Morel- yo... lo oí hablar por teléfono antes de la operación.

-Es cierto. Iré allá un rato -dijo el cirujano con deliberada naturalidad deshaciéndose del guardapolvo que, esa tarde, no tenía una sola mancha.

-Isabel...

-Creí que dormías ya.

El dormitorio estaba a oscuras más que de ordinario; los focos de la calle no se encendieron aquella noche: alguien los había hecho trizas. [49]

-No, no puedo dormir... Esa Morel es extraña. No se le escapa nada; su misma eficacia me parece sospechosa. Es demasiado capaz...

-A mí también me resulta extraña. Recibe cartas todos los días; vienen a visitarla gentes que no conozco; la llaman por teléfono mientras está de guardia...

El cirujano encendió un cigarrillo en la oscuridad. Antes de apagar el fósforo se fijó en la situación exacta del cenicero puesto sobre la mesa de noche. Después de un rato conjeturó:

-Acaso se esfuerce demasiado para hacerse indispensable. No sé. Ayer fui a ordenar mi escritorio. Había sobre la mesa algunas cuentas y cartas de mamá y de Nicolás. También había unas revistas con no sé qué papeles dentro. Seguramente anuncios de medicamentos... Las cartas estaban bajo el pisapapeles que me regalaste... Sospeché que

las habría leído poco antes.- El que más viene a verla es un viejo calvo; -informó Isabel-. Con él conversa en voz baja en el zaguán. Viene también un tipo con anteojos de vidrios negros; da la impresión de un tipo desconfiado, siniestro te diré.

-Isabel... deberíamos irnos de este pueblo a una ciudad grande. Es lo que me dice Pérez. Yo le contesto que hoy por hoy, en cualquier parte será lo mismo.

-Hay otra cosa en la Morel que no me gusta, interrumpió Isabel. Da la impresión de que se la está espiando. Parece estar en ascuas cuando le pregunto algo. La Salinas no parece que se entienda bien con ella. ¿Será todo una farsa o acaso le tiene un poco de envidia? [50]

Él, boca arriba, la mano con el cigarrillo colgándole cerca del piso, quedó cavilando en silencio. Se oyeron ladridos de perros furiosos. Cuando cesaron los ladridos preguntó:

-¿Viste que hoy el albañil por fin terminó de revocar el paredón del patio? Desde la calle causaba mala impresión. Mañana lo va a blanquear él mismo con esa pintura nueva, mejor que la cal.

-¡Tengo una idea genial! -le contestó Isabel.

-¿Qué idea? -El médico adivinó que su mujer sonreía, como de pronto libre de preocupación, y con los ojos brillantes. Así era ella.

-¿Qué idea? -repitió.

-Es ésta: apenas se pinte el paredón con esa pintura cara y hermosa, lo van a ensuciar con asquerosos vivos y muertas. ¿Qué te parece que nosotros mismos pintáramos, de noche, con buena letra y pintura decente, unos vivos formidables?

-Buena idea -dijo él apagando el cigarrillo que ya le calentaba los dedos cirujanos.

-Yo por mí pondría no sólo unos vivos sino una cantidad de muertas; pero unos muertas para otros destinatarios. ¡Qué gusto daría!

-Usted es demasiado politiquera, señora. Y usted se hace mala sangre. A mí con tal de que me dejen en paz, que se las arreglen todos como se les dé la gana, los vivos y los muertos. Este no es mi país; acaso tenga el gobierno que se merece... [51]

-¡Por favor! ¡Qué manera de hablar!

A la noche siguiente, en la calle desierta y apenas alumbrada desde lejos por focos municipales no vandalizados, el cirujano y su mujer pintaron con esmero, con maestría y con fervor unos hermosos vivos a la gentuza que odiaban.

-La letra es perfecta -comentó él.

-Nos protegerá -aseguró ella.

Días después la Morel con la cabellera reluciente por un lavado de agua de lluvia y fino champú, y los ojos dorados bajo las cejas coloradas, insólitamente comunicativa, le dijo a Isabel:

-Señora: su casa es la única que tiene inscripciones... muraaaales bien pintadas. La casa de mi tío José está toda sucia con grandes letras de alquitrán chorreadas hasta la vereda.

Isabel se limitó a decir con una sonrisa inocente: -A nosotros nadie nos molesta. No nos metemos en nada que no sea nuestro trabajo.

La noche de un jueves caluroso Isabel se encerró en el dormitorio conyugal para escuchar la radio. Sintió con cuidado de que el volumen fuera bajo. Se anunciaba un gran discurso para aquella noche. El discurso iba a ser la respuesta del Jefe Máximo a las infames calumnias de la Radio de Londres. Días antes, el [52] locutor británico había denunciado atroces crímenes y profetizaba una inminente rebelión contra el régimen de fuerza cuyos desmanes eran en tierra de América -afirmaba- una réplica de las atrocidades del totalitarismo nazi.

El discurso ya había comenzado amenazador y violento. La conocida voz, más dura que otras veces, sobresaltó a Isabel. Segundos después el médico entró en el dormitorio; Isabel le hizo señas urgentes de que cerrara tras sí la puerta y se sentase en el sillón contiguo.

El Jefe Máximo acusaba a los traidores, a los vendepatrias, de sembrar alarmas dentro y fuera del país para detener la marcha invencible de la Justicia y del Progreso. ¡Eran los malditos oligarcas de siempre, sedientos de venganza, ansiosos de restaurar sus privilegios seculares, quienes pugnaban por desprestigiar el gobierno de la verdadera democracia!

-¡No faltarán fósforos para prender fuego a los palacetes de la odiosa oligarquía y sus infames secuaces! ¡No habrá suficiente alambre para colgar a los enemigos del pueblo! ¡El que mate a esos canallas no será llevado a los Tribunales! ¡Será, sí, honrado como servidor de la patria!

La potente voz se ahogaba a ratos en las vociferaciones frenéticas de la multitud convocada en la plaza. Al médico y su mujer, estupefactos, les parecía ver al orador, arriba, en el balcón del Palacio, en mangas de camisa, tal como infinitos fotograbados y noticieros lo mostraban perorando ante muchedumbres fanatizadas y delirantes. [53]

En eso sonaron en la puerta unos nudillos. Isabel apagó la radio y corrió hacia la puerta. Era la pelirroja:

-¡Doctor, doctor! - dijo afligida echando una mirada hacia la radio que, súbitamente muda, creaba en la habitación algo como un silencio culpable -¡La señora Poletti se siente mal y quiere verlo con urgencia! Los ojos color de miel se posaron furtivamente en la cara de la señora y bajaron hacia el suelo su resplandor dorado.

-¡Vamos! -reaccionó el médico, y salió seguido de la enfermera.

Isabel no se atrevió a reencender la radio; su mente estaba llena de incendios y de imágenes horribles de hombres y mujeres colgados de gruesos alambres, la cabeza caída sobre el pecho, la lengua afuera, sobre el griterío multitudinario, sobre las injurias de los asesinos. El gran barrio lujoso de la capital ya estaría ardiendo en enormes llamaradas.

-¿Qué tenía la Poletti?- inquirió media hora después, cuando el médico regresó al dormitorio.

-Falsa alarma. No sé, son cosas... Le tenía prescrita una inyección calmante. Parece que la Pelirroja se olvidó. Le dolía la herida, me dijo la Poletti. Entonces yo mismo le puse la inyección. Ahora estará durmiéndose. Estaba muy excitada. Había escuchado el discurso; tiene una radio portátil.

-¿Y cómo pudieron, cómo pudo la Morel, olvidarse del *Pantopón*? [54]

-La Poletti sospecha que las dos enfermeras se fueron a escuchar sus radios. Me contó que a la Salinas le impresionaron mucho las calumnias de los oligarcas. Me dijo que aquí en el pueblo muchos piensan que hay que prender fuego a dos o tres barrios, matar al carnicero y a los Zubieta. Cuando entró la pelirroja con el *Pantopón* que yo le había pedido, la Poletti se calló en seco.

-¿Te parece que va a haber incendios aquí, matanzas, aquí? preguntó Isabel. Sin esperar respuesta, añadió:

-¿Por qué la Morel misma no le puso el *Pantopón* y nos dejaba en paz? No necesitaba venir...

-¿En paz?- dijo, pesimista, el cirujano.- Aquí no hay paz ni la habrá por mucho tiempo.

-Deberíamos despedir a la pelirroja. ¿Te animarías?

-No hay razón suficiente, Isabel. Ahora, volviendo a tu otra pregunta, te diré que es probable que haya disturbios... Temo por alguna gente. Zubieta, por ejemplo, cuando toma unas copas dice cualquier cosa...

-Nuestra Nila Salinas es buena enfermera y buena persona. Aunque ya no sé ahora qué pensar de ninguna de las dos. ¿Es la Nila adicta ¿sólo parece adicta? En cuanto a la Morel, parece indiferente. Es demasiado enfermera, parece demasiado enfermera. Y de repente se olvida del *Pantopón* y se nos viene encima toda alarmada por una zoncera.

-Y ¿qué te parecemos nosotros, Isabel? Ayer te oí ponderar [55] esa nueva ley de Jubilaciones y Pensiones. Te aseguro que parecías muy adicta al régimen...

Isabel, preocupada y cavilosa minutos antes, sonrió mostrando una dentadura perfecta, de una blancura admirable.

-¿Y qué pensarían de nosotros dos, la otra noche, si nos hubieran visto pintar grandes vivas en el paredón recién blanqueado?

-Pues ¡viva el Jefe Máximo y siga Pancho por la vía!- contestó el médico. Los dos habían recuperado la jovialidad. Eran felices como antes de instalarse en el pueblo polvoriento.

Fue entonces cuando estallaron bombas de estruendo en la plaza y casi todo el pueblo retumbó con otros estampidos que serían de fusil y de pistola. Marido y mujer palidecieron y se miraron con espanto. El sanatorio se llenó de gritos. Se abrió de golpe la puerta y entró la Morel gritando:

-¡Doctor, doctor, ha caído, ha caído! ¡Y se ha escapado como un cobarde!

Tenía los ojos color de miel en llamas y, la melena roja, desmelenada sin toca, también llameaba.

-¿Qué dice usted? ¿Quién ha caído? -preguntó Isabel.

-¡Él, señora, él, el tirano! [56]

Y decía esto la Morel cuando, como un torbellino entró la Salinas llorando de felicidad:

-¡Doctor, doctor! ¡Señora, señora!- ¡Ha caído, ha caído! ¡Es cierto, es cierto! La radio cuenta, hay una manifestación...

Las mujeres se abrazaron. Las tres lloraban.

Cuando las enfermeras se fueron juntas para unirse a la manifestación, el cirujano miró a su mujer, alegre, rejuvenecido y le dijo:

-En el garaje tengo pintura blanca. ¡Ya podemos borrar los vivos!

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

